

Irradiar la luz de Cristo
Diác. Jorge Novoa

Pablo ha sido enviado por Cristo Resucitado a predicar el Evangelio, esta realidad lo mueve a proclamarlo “a tiempo y a destiempo”, no resulta esta urgencia una carga pesada, es la manifestación exterior del amor de Dios que ha experimentado, y que le impulsa a correr la carrera para alcanzar la meta, de allí que pueda exclamar: “Ay de mí si no predico el Evangelio”.

En diversos textos definirá su Evangelio como “fuerza de Dios” para todo el que cree, no se trata de una propuesta basada en la elocuencia humana como dirá a los corintios (I Co 2,1ss), ni de una decisión estratégica para evitar los posibles escándalos que genera la cruz. Es la afirmación más concluyente: Jesús es el Señor (II Cor 4,5).

La fuerza del Evangelio que lo urge, se ha manifestado en “el Amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Ro 5,5), de su presencia operante en nosotros y su acción transformante, brota la atracción que ejerce sobre cada corazón que lo acoge. Irradiamos en “vasos de barro”(II Cor 4,6) la luz que viene de Dios.

Aquí está el binomio propuesto por el gran apóstol de los gentiles, “vasos de barro que irradian la luz de Dios”. El primer término del binomio, hace referencia a la fragilidad, la pequeñez y la sencillez humana, el barro nos recuerda la materia con la que el artesano divino nos modeló (Gn 3), y su fragilidad es parte de la experiencia fe, en el profeta Jeremías (Jer.18), el alfarero debe recomenzar la obra porque se ha dañado. La fragilidad de la condición humana, no es un obstáculo para la acción de irradiación que quiere realizar el artesano divino en nosotros. La virtud de la humildad posibilita de modo cada vez más pleno esta acción de Dios.

Sabemos que los padres de la Iglesia presentaban el misterio de la Virgen, como irradiación de la luz de Cristo, y por ello, la asemejaban a la luna. **Yo agregaría luna llena**, irradiando una luz que no tiene su origen en ella, sino en Dios. Cristo es “el sol de justicia que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y sombras de muerte”. Y también, la Iglesia está llamada a ser luna que irradia la luz trinitaria, y que ayuda a los hombres a encontrar el camino que conduce a la casas del Padre.

Nosotros los creyentes, experimentamos en nuestra vida espiritual las distintas fases de la luna, propias de nuestras fidelidades e infidelidades: creciente, menguante, nueva y llena. Nuestra irradiación se torna inestable, y se ve sometida muchas veces a nuestros vaivenes emocionales. De allí, que se torna necesario recomenzar con humildad y paciencia.

La luz que irradiamos es el segundo término del binomio, presentado por el apóstol Pablo, en virtud de la presencia del Espíritu Santo recibimos la condición filial. Él nos constituye como hijos de la luz y viene en ayuda de nuestras flaquezas (Ro 8, 26). Aceptemos la invitación de san Pablo: “Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad” (Ef 5,8).

